

SORPRESA

Ella siempre le dijo a él
que le arrancaba la sonrisa
con sus palabras
y que las mejillas
se arbolaban inocentes
con la frescura
de sus continuas bromas.
Él, enardecido,
un día al oído le susurró
que también le arrancaría,
a dentelladas
húmedas y calientes,
la ropa que ceñía
la maravilla de su cuerpo,
y ella, sin el más mínimo
sentido del rubor,
le echó mano al paquete.